

hábitos y costumbres, las creencias y las artes de los pueblos que los han construido y nos descubren el grado de civilización que esos pueblos alcanzaron.

A esos monumentos, de los que los más antiguos son apenas tres siglos anteriores á nuestra era, se agregan sucesivamente templos subterráneos, estatuas y monedas, que contribuyen á arrojar cierta luz sobre la historia de cada una de las regiones en que se los creó. Son únicamente los tales restos de arquitectura y estatuaria que nos han revelado la influencia profunda de los griegos en ciertas comarcas, muchos siglos después de Alejandro y cuando todos los griegos habían sido hacía mucho tiempo expulsados de la India. Los bajos relieves de los templos son igualmente los únicos que pueden revelarnos la historia del origen y las transformaciones de las creencias que se han sucedido en la India antigua.

La religión ha desempeñado siempre entre los indos, como en la mayor parte de los pueblos orientales, un papel fundamental. Este papel ha sido lo bastante importante en la India para que podamos tomar las transformaciones de las creencias como base de una clasificación histórica.

Tal clasificación, forzosamente muy larga y en la cual las épocas no están interrumpidas, pues se precipitan las unas sobre las otras ó subsisten simultáneamente, comprende los siguientes períodos:

1.º, período védico; 2.º, período bramánico; 3.º, período búdico; 4.º, período de renacimiento del brahmanismo ó neo-bramánico; 5.º, período musulmán; 6.º, período europeo.

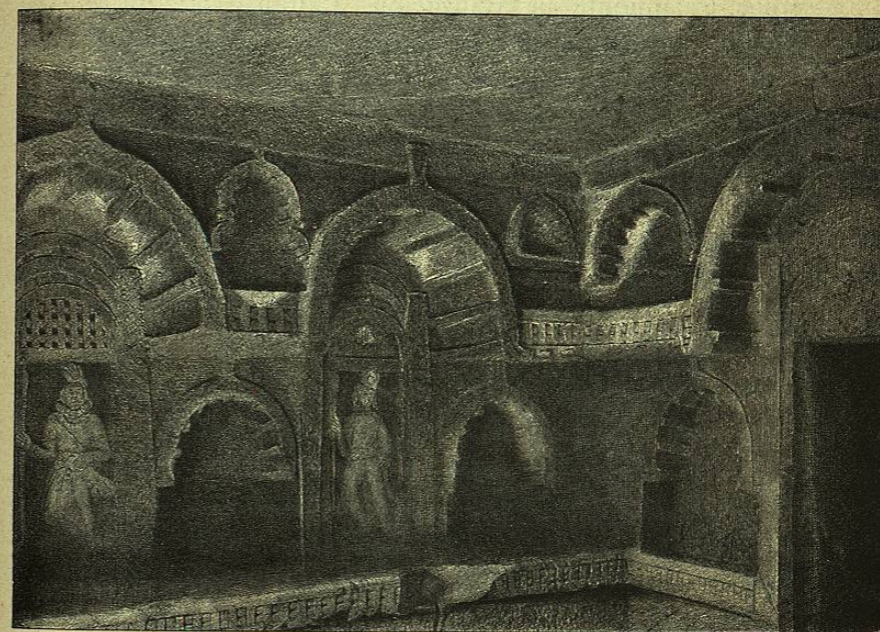
2.º — PERÍODO VÉDICO

Los principios del período védico son anteriores en quince siglos aproximadamente á nuestra era. Están señalados por la invasión de los arios en la India.

Constituye el período védico la edad del todo legendaria de la historia de la India. Lo poco que de esa edad sabemos nos

ha sido revelado únicamente por libros religiosos conocidos con el nombre de Vedas, y de los cuales al más importante, al Rig Veda, se ha llamado con razón la Biblia de los Arios del Noroeste de la India.

Establecidos desde luego alrededor del Himalaya hasta los montes Vindhya, los primitivos arios vivieron en el estado de



BHAJA (cerca de Karli) — Interior de un monasterio budista cavado en la roca (siglo II antes de J. C.)

(Altura de la sala desde el reborde saliente bajo al pie de las estatuas, 2^m,90)

tribus pastoriles errantes y es probable que debieron realizar su invasión de una manera gradual. Sus más antiguos libros parecen escritos quince siglos aproximadamente antes de nuestra era. En tan remota edad no tenían castas, adoraban las fuerzas de la naturaleza y no edificaban ni templos ni estatuas. Llevaban á los pueblos que invadían una lengua y una religión nuevas, pero no una arquitectura. Sabían esos primitivos pueblos arios componer libros, pero no levantar monumentos de piedra,

y nada indica en las más antiguas de sus obras que construyeran ni templos ni palacios.

En el capítulo consagrado á la historia de la civilización aria habremos de volver sobre este período de la historia de la India. No nos detendremos, pues, ahora más en él, como tampoco en el período brahmánico, que termina esa historia y del que estudiaremos igualmente la civilización. Faltan, por otra parte, para el estudio de este período como para el del primero, documentos históricos propiamente dichos. Las epopeyas que se refieren al período brahmánico, confirmadas por los relatos de Megasthenes, prueban que la India comenzó entonces á cubrirse de ciudades, de templos y de palacios, pero ni un solo resto de los monumentos de ese período ha llegado hasta nosotros.

3.º — PERÍODO BÚDICO

La época del nacimiento del budismo en la India pertenece más á la leyenda que á la historia. Sabemos sólo de los orígenes de este período lo que nos dicen los fantásticos relatos de los libros búdicos. No se determinan hechos precisos, ni la obscuridad comienza á disiparse sino hasta después de las invasiones de Alejandro y sobre todo cuando, 250 años aproximadamente después de Jesucristo, el budismo se convierte en religión oficial. Torna bien pronto, por desgracia, esa obscuridad y reina durante largos siglos.

Ocurrió la invasión de Alejandro 327 años antes de nuestra era. Acabada la conquista de Persia, el héroe macedonio se decidió á emprender la conquista de la India á fin de alcanzar la soberanía del Asia.

La división del Pundjab en pequeños Estados independientes y rivales debía hacerle fáciles los comienzos de su conquista. Presentóse Alejandro con 120.000 hombres, de los que los griegos formaban el núcleo, pero cuyos cuadros estaban llenos de persas. Contaba con guías indios y con inteligencias con los jefes indígenas, principalmente con el rey de Taxila, Estado situado

sobre la margen izquierda del Indo y que se extiende entre este río y el conocido entonces con el nombre de Hidaspes y hoy con el de Jhelum.

Alejandro marchó desde la Bactriana sobre la ciudad que lleva hoy el nombre de Kabul. Continuando su camino hacia la India, salvó el Indo y encontró á Porus, soberano de un Estado comprendido entre el Hidaspes y el Chinab; vencióle é hizo aliado respetándole su reino. Varios soberanos, y entre ellos el de Cachemira, se le sometieron voluntariamente.

Después de muchas batallas contra jefes indígenas, marchó sobre el Hyphase (Bias actual); pero, rehusando la armada seguirle más lejos, levantó sobre los bordes de este río doce altares conmemorativos, destinados á señalar el término de la expedición.

De nuevo sobre las márgenes del Hidaspes, construyó una flota que descendió este río hasta el Indo, en cuyas aguas se vierte. Siempre batallando llegó Alejandro á Patala, sobre la embocadura del Indo, y envió entonces su flota, bajo las órdenes de Nearque, al golfo Pérsico, bordeando las costas, y después dividió su armada en dos cuerpos. Envio la una á Persia por el Caramania, bajo la dirección de Crátere; la otra, bajo su propio mando, se retiró por la Gedrosia. Llegada la escuadra al golfo Pérsico y él mismo unido á Crátere, festejóse la vuelta de la expedición.

Desde el solo punto de vista de la conquista, puede decirse que los resultados de la invasión de Alejandro fueron perfectamente nulos, puesto que algunos años después de su salida no quedaba en la India una sola de las guarniciones griegas que había dejado allí. Pero esta expedición, que ponía por primera vez en relación Europa con la India, debía tener indirectamente consecuencias no faltas de importancia.

Después de la marcha de Alejandro, un rey indo, Chandragupta, el Sandrokottos de los griegos, hijo de uno de los jefes del Pundjab dispersados por Alejandro, extendió gradualmente su imperio sobre todo el Norte de la península y expulsó ó des-

truyó enteramente las guarniciones macedonias. Fijó la capital de su imperio en Pataliputra (la Patna moderna), capital del reino de Magadda. Su fama fué en seguida tan grande, que Seleuco Nicator, que después de la muerte de Alejandro reinó sobre Siria, Babilonia y todas las provincias comprendidas entre el Eufrates y el Indo, envió á su corte, en el año 300 antes de nuestra era, para contratar alianza con él, un embajador griego nombrado Megastheno. Este embajador residió durante mucho tiempo en Pataliputra, y por su relación, conservada en parte, es por la que hemos obtenido las primeras nociones concretas sobre los hábitos y costumbres de los indos de esa época.

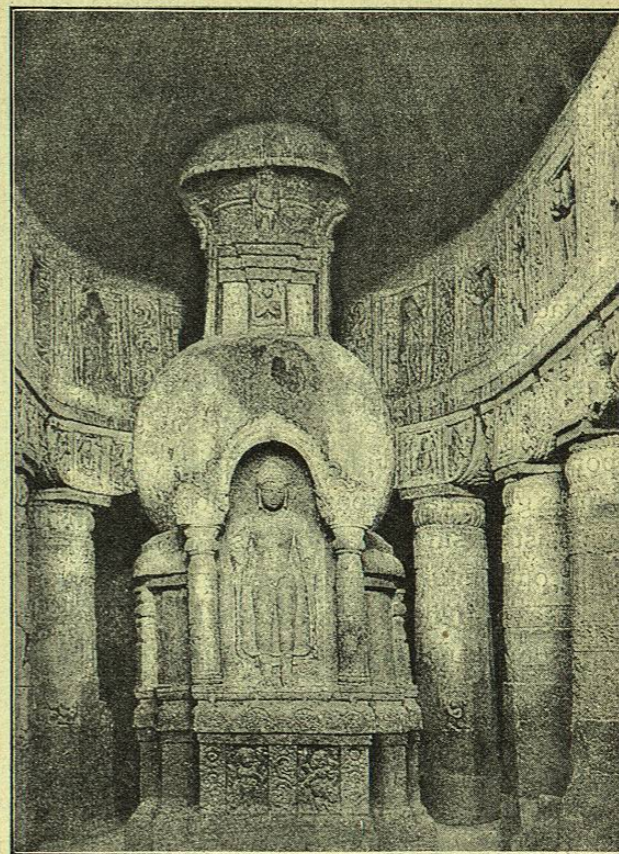
Las relaciones de los griegos con los indos no se limitaron, por otra parte, á la invasión de Alejandro y á la embajada de Megastheno; á falta de los relatos de los historiadores, sabemos hoy, por monedas y restos de monumentos, que los sucesores del imperio greco-bactriano de Seleuco Nicator conquistaron el Pundjab, fundaron diversos reinos y se extendieron hasta Mutra. Ciento veintiséis años antes de Jesucristo, un aventurero, llamado Menandro, fundó un reino que comprendía desde el Jumna hasta la embocadura del Nerbudda.

Esculturas y medallas son los únicos restos llegados hasta nosotros de esos reinos griegos de la India. Desaparecieron, ó poco menos, esos reinos á los comienzos de nuestra era ante las invasiones de los escitas. Estas invasiones habían comenzado en el siglo anterior á Jesucristo. Un pueblo escita invadió el Noroeste de la India y fundó un reino que comprendía la Bactriana, las márgenes del Indo, el Pundjab y una parte del Rajputana. Tuvo este reino duración efímera, puesto que los escitas fueron probablemente expulsados de la India en los primeros tiempos de nuestra era.

Dejando á un lado esta parte oscura de la historia de la India que recientes investigaciones han resucitado, volvamos á Chandragupta y á sus sucesores.

El nieto de Chandragupta fué el célebre Asoka, que reinó 250 años aproximadamente antes de Jesucristo. Después de ha-

ber, según ciertas leyendas búdicas, asesinado los cien hijos que su padre había tenido de diez y seis mujeres diferentes y evitado así las competencias, extendió su imperio en todo el Norte de la India. Los límites de este imperio están marcados por inscrip-



AJUNTA. — Santuario de un templo subterráneo
(Altura de la gran estatua, 1^m,60)

ciones que aún subsisten. Se las encuentra desde el Afghanistan al Bengala y desde el Himalaya al Nerbudda. Al Oeste, el imperio de Asoka llegaba hasta el reino griego de Bactriana.

Con ese príncipe comienza la historia arquitectónica de la India. Muchas de las columnas que hizo levantar para inscribir sus

edictos están aún en pie, y los más célebres monumentos, tales como los de Bharut, Sanchi y Buda Gaya, cuyos bajos relieves son tan preciosos desde el punto de vista de la historia del budismo, son contemporáneos de su reinado ó apenas posteriores. Nada queda de los palacios que hizo construir, pero debemos suponer que eran bellísimos, pues el peregrino Fa-Hian, que vió en el siglo V las ruinas de las construcciones y la torre que poseía en Pataliputra, asegura que era demasiado admirable para haber podido ser la obra de un mortal.

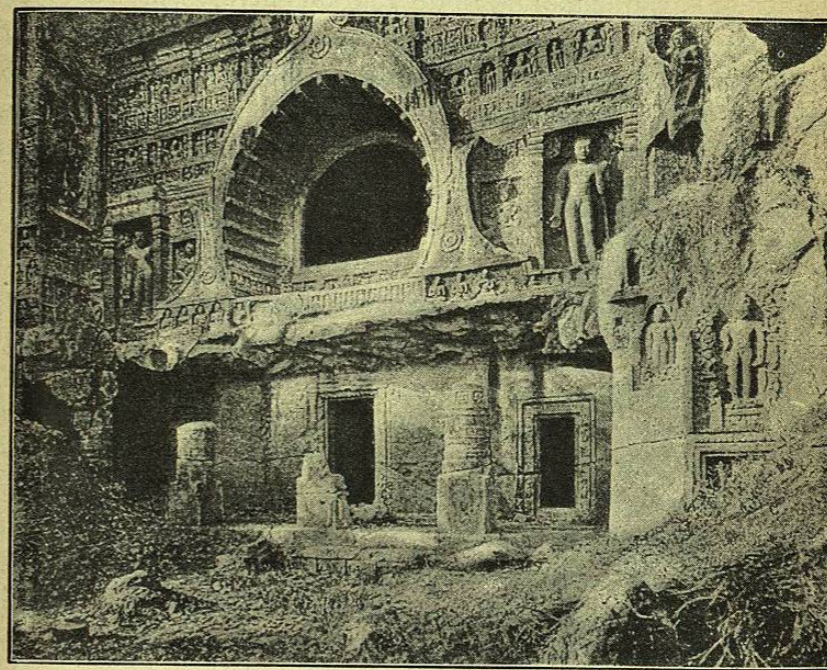
Ese mismo Asoka fué quien hizo del budismo la religión oficial de la India. Su celo religioso era muy vivo, pues envió misiones casi por todas partes, á Ceilán y hasta Egipto cerca de Ptolomeo Filadelfo.

La dinastía llamada Morya, de que Asoka fué el más ilustre representante, duró aproximadamente siglo y medio, es decir, desde 325 á 188 antes de Jesucristo. Después de ella el imperio fundado por Asoka se dividió en seguida en pequeños reinos independientes gobernados por soberanos diversos. El reino de Magadda subsistió, sin embargo, hasta el siglo VI de nuestra era; pero no comprendió más que la región bien poco extensa correspondiente al Behar actual. Los Puranas dan listas de reyes de Magadda de un millar de años, pero esas listas merecen escaso crédito.

Después de Asoka, los solos documentos indos que tenemos sobre la India hasta la invasión musulmana, fuera de los relatos legendarios de los Puranas, nos los proporcionan los monumentos. Constituyen éstos, con los relatos de los peregrinos chinos de que hemos hablado, los únicos documentos que nos permiten reconstituir aproximadamente la civilización de la India en el transcurso de éste largo período.

Durante esta noche de cerca de doce siglos, corto es el número de personajes importantes de que las crónicas indas nos han conservado el recuerdo. El más célebre es el legendario Vikramaditya, príncipe de Malwa, residente en Ojein, cerca del Nerbudda. Habría, según las crónicas, extendido su imperio sobre

la totalidad de la India hasta el extremo meridional del Dekkán. Aunque su historia no sea más que un tejido de fabulosas leyendas, debió seguramente representar un papel muy importante, pues los indos hacen nacer de su advenimiento, que suponen tuvo lugar 57 años antes de Jesucristo, una era nueva, la era Samva.



AJUNTA. — Fachada de un templo subterráneo.
(Altura desde el umbral de la puerta hasta la cima del hueco en forma de herradura, 9^m,60)

Desgraciadamente las crónicas indas, siguiendo su costumbre, han respetado poco la cronología, pues un estudio atento de las inscripciones y de los monumentos parece probar que Vikramaditya reinó 600 años después de la época indicada por los libros.

Al mismo héroe atribuyen las leyendas indas la expulsión de la India de los escitas. Este pueblo había penetrado entre los griegos de la Bactriana dos siglos antes de Jesucristo y los había gradualmente sometido. Uno de sus reyes convertido al bu-

dismo, Kanishka, había fundado, poco antes de nuestra era, un imperio que comprendía el Afghanistan, el Pundjab, el Rajputana. Nada sabemos de la historia de los escitas en la India, sino, como vemos por algunas estatuas de Muttra, que propagaron la influencia artística de los griegos.

Entre los contemporáneos de Vikramaditya es preciso colocar probablemente, según las inscripciones interpretadas por Cunningham, al rajá Harsha Vardhama, que reinó de 607 á 648 y del que el peregrino chino Hiuen-Thsang, que visitó la India en 634, nos habla como de uno de los más poderosos soberanos del Norte de la India. Su capital era Kanudje, una de las más antiguas ciudades de la India, la sede durante largo tiempo de la dinastía Gupta y que se supone que fué una de las cunas de la civilización aria. Ptolomeo la menciona 140 años después de Jesucristo con el nombre de Kanogiya. El reino, de que era capital en la época de Hiuen-Thsang, se extendía desde Cachemira al Assam y desde el Nepal al Nerbudda. Kanudje se encuentra al Este de Agra, á algunos kilómetros del Ganges. Están de acuerdo todas las tradiciones en ponderar su esplendor. Llenó de admiración á Mahmud de Ghazni cuando la atacó en el año 1016 de nuestra era. Cuando se aproximó, vió, según Ferishta, «una ciudad que levantaba su cabeza hasta el cielo y que por sus fortificaciones y su arquitectura podía justamente vanagloriarse de no tener rival.»

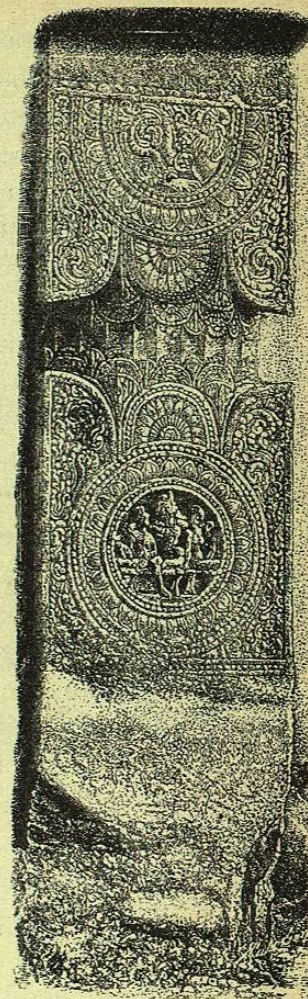
De esta antigua capital, que tenía cinco kilómetros de extensión, si hemos de creer á Hiuen-Thsang, no queda ni una piedra para revelar su historia. La destrucción de los monumentos anteriores á la invasión musulmana fué, lo mismo que la de muchas capitales célebres, tan completa que, á pesar de todas sus investigaciones, no llegó Cunningham á descubrir un solo resto de ellos. Lo que ha señalado más viejo en Kanudje es una inscripción solamente de 1136 y posterior por consecuencia á la invasión musulmana. Todos los monumentos actuales de esta ciudad son exclusivamente musulmanes, pero construídos algunos con ruinas de los antiguos monumentos indos.

Kanudje formó parte de aquellas grandes capitales antiguas de que no conocemos la historia sino por vagas tradiciones y algunas inscripciones. Es imposible atribuir únicamente á la imaginación de los escritores las descripciones entusiasmadas del esplendor de esas antiguas ciudades de la India, cuando se ha visto las ruinas de las pocas que han escapado á la destrucción, Khajurao, por ejemplo.

Kanudje, Khajurao, Mahoba y muchas otras ciudades famosas de que no queda más que el nombre ó las ruinas, fueron la sede de pujantes imperios. Las más célebres estuvieron gobernadas por reyes pertenecientes á la raza rajpute, la única cuyas dinastías subsisten aún y que ha conservado, si no su independencia, al menos sus instituciones y sus costumbres.

La historia de los rajputes no nos es desgraciadamente apenas conocida hasta que entraron en lucha con los musulmanes. Consiguieron éstos destruir sus capitales y rechazarlos á las regiones montañosas y escarpadas del Rajputana, mas no pudieron obtener de ellos sino una sumisión puramente nominal.

Todo este período, que se extiende desde los sucesores de Asoka hasta el renacimiento del brahmanismo y también á las invasiones musulmanas, es, por consiguiente, tan oscuro como el que le ha precedido, y sin los monumentos que nos ha dejado, nada ó poco menos sabríamos de él.



AJUNTA. — Pilar de uno de los templos subterráneos